

UNAMUNO, MIGUEL DE (1864 – 1936)

## ¡MUERA DON QUIJOTE!

Con tanta razón como Carlyle de la obra de Shakespeare y el imperio de la India, debemos decir que el *Quijote* vale para España más que su moribundo imperio colonial. A la luz del *Quijote* debemos ver nuestra historia.

El pobre hidalgo manchego, una vez perdido el seso por la lectura de los libros de caballerías, echóse por esos campos a deshacer lo que se le antojaba tuertos y a conquistar imperios. Y no por culpa suya, sino de su caballo, solía verse tendido en tierra cuando menos lo esperaba, por culpa de aquel rocín al que dejaba tomar camino a su talante, creyendo que en esto consistía la fuerza de las aventuras. Tampoco por culpa suya, sino por la de los Gobiernos que le llevan a su capricho, se ha visto más de una vez tendido el pueblo español y a merced de mozos de mulas que le molieran a su sabor las costillas. El pobre caballero y el pobre pueblo saben por lo menos consolarse y no es poco esto.

Cuando el Caballero de la Blanca Luna venció a Don Quijote y, sin hacerle caso a aquello de "quítame la vida, pues me has quitado la honra", le mandó se volviese a su lugar a descansar un año, tomó nuestro hidalgo camino de su aldea, dispuesto a cumplir lo que le fue mandado. Mas no bien llegó a su hogar, cogióle una calentura que le costó la vida. Y entonces, al despertar curado, tras un sueño de seis horas, bendijo al poderoso Dios, cuyas misericordias no tienen límite, "ni las abrevian ni impiden los pecados de los hombres". Sintiendo a punto de muerte quiso hacerla de tal modo que diese a entender que no había sido su vida tan mala que dejase renombre de loco. "Dadme albricias, buenos señores -dijo a sus amigos-; que ya no soy yo Don Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano, a quien mis costumbres me dieron renombre de bueno." Así murió, con muerte ejemplarísima, el caballero Don Quijote, el histórico, para renacer ante el juicio de Dios en el honrado hidalgo Alonso Quijano, el eterno.

La locura es en cada cual a quien toca trastorno de su cordura; según se es cuerdo vuélvese uno loco, pero a la vez la locura saca todo el poso de soberbia y de vanidad humanas que en todo mortal descansan. La extraña y temporal locura de Don Quijote fue acaso trastorno de la bondad eterna de Alonso Quijano, pero fue más explosión de soberbia de espíritu impositivo. Creyóse ministro de Dios en la tierra y brazo por quien se ejecutaba en ella su justicia. España, la caballerisca España histórica, tiene como Don Quijote que renacer en el eterno hidalgo Alonso el Bueno, en el pueblo español, que vive bajo la historia, ignorándola en su mayor parte por su fortuna. La nación española -la nación, no el pueblo-, molida y quebrantada, ha de curar, si cura, como curó su héroe, para morir. Sí, para morir como nación y vivir como pueblo.

Las naciones, en efecto, laborioso producto histórico, han de morir tarde o temprano, y creo y espero y deseo que mucho antes de lo que nos figuramos. Les sobrevivirán, de un

modo o de otro, los pueblos, su imperecedera sustancia. La obra mayor tal vez de la historia sea crear razas históricas y dar a los pueblos personalidad diferenciándolos, y preparar así la integración futura de la universal familia humana, bajo el padre común.

La vida de una nación, como la de un hombre, debía ser una continua preparación a su muerte, un ejercicio para legar al mundo un pueblo puro, pacífico y cristiano, lavado de la mancha original del salvajismo, que en la concepción militar subsiste.

Al prepararnos a morir, quiera Dios que curemos de la locura a que nos han traído los libros de caballerías de nuestra historia, al pensar en alguno de cuyos pasos acordamos acogernos como a ordinario remedio en nuestras desdichas colectivas.

El bueno del cura, ayudado por el barbero, tomó la providencia de escudriñar los libros de Don Quijote, quitándoselos todos, quemarle los más, y tapiar la estancia de ellos. ¡Ojalá en España se pudiese olvidar la historia nacional! ¡Ojalá se sacara conciencia de la casi inexplorada mina del espíritu del hidalgo pueblo, que ara sus tierras en resignado silencio e ignora felizmente lo que sucedió en Otumba, en Lepanto o en Pavía! ¡Continuar la historia de España...! Lo que hay que hacer es acabar con ella, para empezar la del pueblo español. Porque España, este fantasma histórico simbolizado en una tela de colores, esta visión, de origen sobre todo libresco, que se cierne sobre nosotros sofocándonos y oprimiéndonos, nos esclaviza. ¡Terrible esclavitud la de los pueblos guiados por su mezquina imagen en la historia, superficie y nada más de la vida!

Un pensador español de extraordinaria originalidad, Angel Ganivet, pide en su hermoso *Idearium* que, después de los períodos hispano-romano, hispano-árabe e hispano colonial, tengamos un período español puro, "en el cual nuestro espíritu constituido ya, diere sus frutos en su propio territorio", pide la acción ideal que "alcanza sólo su apogeo cuando se abandona la acción exterior y se concentra dentro del territorio toda la vitalidad nacional". Hay en esto gran fondo de verdad.

Hay que olvidar la vida de aventuras, aquel ir a imponer a los demás lo que creíamos les convenía y aquel buscar fuera un engañoso imperio. Hay que meditar, sobre todo, en lo profundamente anticristiano del ideal caballeresco. Si la tarea de la nación, producto esencialmente burgués, ha sido asegurar la desigualdad con la guerra, la misión de un pueblo es realizar en sí mismo, *ad intra*, la justicia y cristianizarse. Un pueblo de verdad cristiano conquistaría por el amor al mundo. Sin salir de su aldea, con su olla de algo más vaca que carnero, su salpicón las más noches, sus duelos y quebrantos los sábados, sus lentejas los viernes y su algún palomino de añadidura los domingos, puede el hidalgo Alonso el Bueno realizar la justicia callada, sin ruido de armas y sin buscar sitio en la condenada historia ni cuidarse de andar en romances y coplas. Preocuparse de sobrevivir en la historia estorba al subsistir en la eternidad; es sacrificar el hombre al hombre, el pueblo a la nación; es una de las más tristes supersticiones que nos ha legado el paganismo, que por boca de Homero dijo que los dioses traman y cumplen la destrucción de los hombres para que tengan argumento de canto las futuras generaciones. "Dejad que los muertos entierren a sus muertos," digamos con Cristo, considerando a la historia un cementerio, un osario de sucesos muertos, cuya alma eterna llevamos los vivos. Sólo rompiendo y abandonando el

capullo puede el pobre gusano extender sus alas, secárselas a la brisa libre y volar, como mariposa, a la luz.

Las naciones en pie de guerra y de proteccionismo, viviendo en paz armada, oprimen a los pueblos. No por encima sino por debajo de ellas; no en alianzas guerreras internacionales ni en pactos diplomáticos, sino en el doloroso abrazo de los que trabajan y sufren, cuaja la hermandad en que pueda fructificar el evangelio eterno. Día vendrá en que las hoy más celebradas glorias de las naciones serán objeto de piadosa execración por parte de los pueblos. Día vendrá, debemos esperarlo, en que descubierta a la conciencia cristiana la infame blasfemia que se cela en el bárbaro principio romano de *si vis pacem, para bellum*, reine el evangelio "no resistáis al mal"; día vendrá en que se sienta que, sin paz, no hay honra verdadera, honra cristiana y no pagano pundonor caballeresco, día en que los utopistas de hoy aparezcan profetas y nuestras grandezas históricas vanidad de vanidades y pura vanidad. Y si este día, por su misma sublimidad, no ha de venir nunca, si es un ideal inasequible, ¡no importa!, a él debemos tender. Lo inasequible se nos puso como fin al decirnos que fuésemos perfectos como es perfecto nuestro Padre.

¡Muera Don Quijote para que renazca Alonso el Bueno! ¡Muera Don Quijote!

Vuelto a su cueva, Segismundo medita en el sueño de la vida y reputa que quiere obrar bien, "pues no se pierde el hacer bien aun en sueños". Dejando a Don Quijote acuda Sancho a Alonso el Bueno, el eterno.

Acudamos a lo eterno,  
que es la fama vividora  
donde ni duermen las dichas  
ni las grandezas reposan.

¡Muera Don Quijote para que renazca Alonso el Bueno! ¡Muera Don Quijote!

¡Muera Don Quijote!

(Publicado en *Vida Nueva*, Madrid, 25 de junio, 1898.)

## ¡VIVA ALONSO EL BUENO!

Sr. D. Federico Urales:

Mi muy estimado amigo: Ante todo mil gracias por la atención que ha prestado a mi artículo en *Vida Nueva* "¡Muera Don Quijote!" y por el interés que demuestra hacia mí. Que no caiga en el vacío lo que predica es lo que todo escritor debe desear.

Usted en su "Crónica" opone, siguiendo la general costumbre, a Don Quijote, Sancho, dejando vislumbrar que a un explícito ¡muera Don Quijote! ha de corresponder un tácito ¡viva Sancho Panza! Y no es así, por lo menos en mi modo de ver las cosas. Bien claro escribí al final de mi artículo: "*¡Muera Don Quijote para que renazca Alonso el Bueno!*"

Todo lo de generoso, todo lo de noble, todo lo de cristiano que había en Don Quijote arrancaba de aquel honrado Hidalgo Manchego, que mereció por sus virtudes ser llamado el Bueno, y todo lo que en él hubo de violento y bárbaro, todo lo pagano del caballero andante se debió a su condenada lectura de aquellos libros de caballerías, que, trastornándole el juicio, le hicieron creer en su invencible brazo y confiarlo todo a la fuerza de las armas.

Así cometió tantos atropellos con gente inocente e indefensa. Creyó en el bárbaro *juicio de Dios*, en la ley de la espada.

En lo de borrar todo el pasado bárbaro, sea de aquí o de allí, tiene usted razón. No me ha pasado nunca por las mientes creer que la historia de España sea más bárbara que la de los demás pueblos. Hay que renunciar a los libros de caballerías de la historia que nos trastornan el juicio y reducirla a su papel y oficio. Lo eterno de la historia, su sedimento estable, el legado que no por las guerras, sino a pesar de ellas, nos deja, lo llevamos dentro.

De lo que en su "Crónica" atañe directamente a mí, poco he de decir, por la sencilla razón de que yo no debo de importar a nadie más que a mí mismo, pues soy yo, y no otro, quien de mí ha de dar cuenta.

Usted parece lamentar el que, después de haber andado yo ejerciendo de Quijote, haya empezado a descubrir en mi interior a mi Alonso el Bueno, al que vivificaba las locuras de aquél.

Y pasando a otra cosa: hace usted bien en renegar de los Sanchos que obran pensando en ganancias, aunque Sancho el Bueno, como su amo le llamaba, llevaba por bajo de su codicia una fe robusta en Don Quijote, fe que le dio esperanza en alcanzar la ínsula. ¿Qué hubiera hecho Don Quijote sin Sancho? Y qué supone más fe: ¿meterse en aventuras por propia locura, o seguir a un loco siendo cuerdo, sin desengañarse a pesar de ver a ojos claras sus desvaríos?

Mas hace usted bien en renegar de los Sanchos que piden ahora la paz por razones sanchopancescas: todos los que invocan la ruina de la riqueza pública, la bancarrota de la Hacienda y otras razones parecidas. No es lo peor de la guerra los daños que en vidas y haciendas causa; lo peor de ella es que mantiene el pecado original del salvajismo, que provoca impulsos de odio, que fomenta el bárbaro sentimiento del honor pagado.

¡Paz! ¡Paz! La predicán muchos, muchos la piden, otros la razonan. Hay Congresos de la paz, asociaciones internacionales para acabar con la guerra, publicistas que la combaten, escuelas que la anatematizan. Pero en este movimiento en contra de la guerra, que las gentes sin fe creen un mal necesario, ¿quiénes se mueven con actos positivos, con heroísmo cristiano, llegando hasta el martirio? ¿Quiénes son los que en silencio, sin ruido de disputas ni teorías de escuelas, oponen a la guerra una heroica resistencia?

Son los cuáqueros en los países anglo-sajones, los nazarenos en Austria, los menonitas y los *dukhobortsí* en Rusia; son otros de la misma índole. Los cuáqueros han sufrido el martirio antes que armarse en guerra; los nazarenos sufren prisión durante el plazo usual del servicio militar; a los menonitas se les computa por trabajos forforzados en obras públicas: doce mil *dukhobortsí*, perseguidos por el Gobierno ruso, se disponen a abandonar el Cáucaso, emigrando en masa antes que pecar contra su fe. Y a todos éstos les mueve fe religiosa. Piden la paz en nombre de Cristo, no de Mercurio, ni siquiera de Minerva.

Es decir, que mientras los sentimientos meramente humanitarios y las convicciones progresistas no pasan de propaganda oral y escrita contra la guerra, y hasta la toleran provisionalmente, es fe religiosa lo que lleva a los hombres al martirio, antes que faltar al claro, limpio, terminante *¡no matarás!*, que no pueden empañar casuísmos farisaicos.

¡No matarás! Precepto claro, limpio, terminante; voz de lo divino que hay en la conciencia humana, estrella polar de la trabajosa ascensión del linaje humano a la Verdad.

Es cosa que apenas ver cómo los que más anatematizan el duelo entre individuos son los que más exaltan las virtudes de la guerra, siguiendo a aquel monstruo De Maistre, que hizo su apología. Entristece, por otra parte, ver que los que no dejan caer de sus labios las palabras *libertad* y *progreso* tampoco callan en su cantinela de la honra nacional lavada en sangre.

Se oye por un lado predicar la monstruosa leyenda de aquella cruz que apareció en un campo de batalla con la inscripción: *in hoc signo vincis*; se oye por otro exaltar a Napoleón, que dicen llevó a sangre y fuego la libertad, la igualdad y la fraternidad por Jena, Austerlitz y Marengo, sembrados de cadáveres. Todos son unos y a unos y a otros les causan compasión o risa esos pobres y ridículos cuáqueros, nazarenos, menonitas, *dukhobertsí* y otros locos de remate por fanatismo.

Y aquí tiene usted explicado lo que constituye el nervio de su "Crónica". Aquel cristiano viejo de Alonso Quijano se volvió loco con el paganismo de los libros de caballerías, e hizo una monstruosa mezcla de su fe de cuerdo con su ideal de loco,

de Cristo con Dulcinea, de la caridad con el honor. Por esto al decir ¡muera Don Quijote! digo: ¡Viva Alonso el Bueno!

El tema es casi inacabable; la fuerza de atención, limitada. Como si Dios me da tiempo he de continuar en una u otra forma, por ahora basta.

Suyo afectísimo.

MIGUEL DE UNAMUNO.

(Publicado en *El Progreso*, Madrid, 1 de julio, 1898)